

poco á poco el hombre llenará el vacío de aquellas tierras inmensas, que no eran mas que un desierto cuando fueron descubiertas.

Los primeros historiadores que escribieron las conquistas de los españoles, por aumentar la gloria de sus armas, exageraron prodigiosamente el número de sus enemigos. ¿Estos historiadores podrán persuadir á un hombre sensato que habia millones de hombres en Santo Domingo y en Cuba, cuando al mismo tiempo dicen que entre todos aquellos hombres no habia ni monarca, ni república, ni casi ninguna sociedad, y sabiéndose por otra parte que en estas dos grandes islas vecinas una de otra, y poco distantes de la tierra firme del continente, no habia en todo mas que cinco especies de animales cuadrúpedos, de los cuales el mayor era poco mas ó menos del tamaño de una ardilla ó de un conejo? Nada prueba mejor que este hecho cuán vacía y desierta estaba la naturaleza en aquella nueva tierra. «No se hallaron en la isla de Santo Domingo, dice Laet, sino muy pocas especies de animales cuadrúpedos, como el *hutias* que es un pequeño animal, poco diferente de nuestros conejos, aunque algo mas pequeño, con las orejas mas cortas, y la cola como la del topo. El *chemi*, que es casi de la misma forma, pero algo mayor que el *hutias*. El *mohui* un poco menor que el *hutias*. El *cori* igual en el tamaño al conejo, teniendo la boca como el topo, sin cola, y las piernas cortas: los hay blancos y negros, y lo mas regular mezclados de uno y otro color; y este es animal doméstico y muy manso. Además de los dichos habia una especie de perros pequeños, que eran absolutamente mudos: al presente hay muy pocos de todos estos animales, porque los perros de Europa los han destruido.

«No habia, segun Acosta, en las islas de Santo

Domingo y de Cuba, como tampoco en las Antillas, casi ningunos animales del nuevo continente de América, y ni un solo animal semejante á los de Europa. Todos los carneros, dice el P. du Tertre, cabras, caballos, bueyes y asnos que hay en las Antillas, asi en la Guadalupe, como en las otras islas habitadas por los franceses, han sido conducidos por ellos: los españoles no llevaron allí ninguno, aunque lo hicieron á otras islas; fuera de que, estando las Antillas en aquel tiempo cubiertas de bosques, el ganado no hubiera podido subsistir.» Mr. Fabry, á quien ya he citado en otra ocasion en esta obra, el cual habia andado errando por espacio de quince meses por las tierras del Oeste de América á la otra parte del rio Missisipi, me ha asegurado que varias veces anduvo trescientas y cuatrocientas leguas sin encontrar un hombre. Nuestros oficiales que han transitado desde Quebec hasta el famoso rio Obio, y desde él hasta la Luisiana, concuerdan unánimemente en que se pueden caminar ciento y doscientas leguas en lo interior de las tierras sin encontrar ni una sola familia de salvajes. Todos estos testimonios manifiestan bastante hasta qué punto está todavía desierta la naturaleza en aquellas regiones del nuevo continente, en que es muy benigno y agradable el temperamento; pero lo mas particular y útil que nos enseña para nuestro objeto es á desconfiar del testimonio posterior de los descriptores de gabinetes ó de los nomencladores, quienes pueblan aquel nuevo mundo de animales que no se hallan sino en el antiguo, y que designan otros como originarios de ciertas regiones, en las cuales sin embargo nunca han existido. Por ejemplo, es cosa cierta y averiguada que no habia originariamente en la isla de Santo Domingo ningun animal cuadrúpedo mayor que un conejo; y tambien es cierto, que aunque los hubiera habido, los perros europeos, ha-

biéndose hecho montaraces y dañinos como los lobos, los habrían destruido: sin embargo, se ha dado el nombre de *gato-tigre* ó *gato atigrado de Santo Domingo* al *marac* ó *maracaia* del Brasil, que no se halla sino en la tierra firme del continente: se ha dicho que el *lagarto escamoso* ó *diablo de Java* se hallaba en América; y que los brasilienses le llamaban *tatoe*, siendo así que este animal no se halla sino en las Indias Orientales: se ha pretendido que el *algalia*, que es animal de las partes meridionales del antiguo continente, se hallaba también en el nuevo, y principalmente en Nueva España, sin haber reflexionado que, siendo los *algalias* animales útiles, y á los cuales crian en varios parages de Africa, de Levante y de la India como animales domésticos, para sacar de ellos el almizcle, de que se hace un gran comercio, los españoles no hubieran dejado de utilizarse haciendo el mismo comercio si el *algalia* se hallase realmente en Nueva España.

Así como los nomencladores han poblado á veces sin fundamento, el Nuevo Mundo de animales que no se hallan sino en el antiguo continente, así también han trasportado á este los animales del otro, colocando filandros en las Indias Orientales, otros en Amboina, pericos ligeros en Ceilan, sin embargo de que los filandros y los pericos ligeros son animales de América, tan notables, el uno por la especie de bolsa que tiene debajo del vientre, en la cual llevan sus hijos, y el otro por la escasa lentitud de su andar, y de todos sus movimientos, que si hubieran existido en las Indias Orientales no era posible que los viajeros, hubiesen dejado de hacer mención de ellos. Finalmente, no pretendemos asegurar positiva y generalmente que ninguno de los animales que habitan en las regiones más ardientes del uno y del otro continente se halle igualmente en ambos, porque era ne-

cesario haberlos visto todos para tener certeza física de esto: lo que únicamente pretendemos es tener una certeza moral, por ser evidente, en cuanto á todos los animales grandes, los cuales han sido observados y bien descritos por los viajeros: que esto es bastante claro en cuanto á la mayor parte de los pequeños, y que hay pocos sobre los cuales no podemos decidir. Por otra parte, aunque hubiese en estos algunas excepciones evidentes (lo que apenas puedo imaginar), no recaerian nunca sino sobre un número muy pequeño de animales, y no destruirian la ley general que acabo de establecer, y que me parece es la única brújula que puede guiarnos en el conocimiento de los animales. Esta ley, que se reduce á juzgarlos tanto por el clima y por la indole, como por la figura y conformacion, rara vez se hallará desmentida, y nos hará evitar ó reconocer muchos errores. Supongamos, por ejemplo, que se trate de un animal de Arabia, como la hiena: podremos asegurar, sin recelo de engañarnos, que no se halla en Laponia; y no diremos como algunos de nuestros naturalistas, que la hiena y el gloton son un mismo animal: tampoco diremos, siguiendo á Kolbe que la zorra cruzada que habita en las partes más boreales del antiguo y del nuevo continente, se halla también en el cabo de Buena Esperanza; y hallaremos que el animal de que habla, no es zorra, sino *chacal*. Reconoceremos que el animal del cabo de Buena Esperanza, á quien el mismo autor designa con el nombre de *puerco terrestre*, y que se alimenta de hormigas, no debe ser confundido con el *hormiguero* de América; y en efecto, este animal del Cabo verosimilmente es el *lagarto escamoso*, que nada tiene de comun con el *hormiguero* sino el comer hormigas. Igualmente, si Kolbe hubiese reflexionado que el *alce* es animal del Norte, no hubiera dado este nombre á un animal de Africa, que

no es mas que una *gacela*. La *foca*, que no habita sino á las orillas de los mares septentrionales, no debe hallarse en el cabo de Buena Esperanza. La *gineta*, que es animal de España, del Asia Menor etc., y que no se halla sino en el antiguo continente, no debe ser indicada con el nombre de *coati*, que es americano, como se halla en Klein. El *isquiepatl* de Méjico, que exhala un hedor pestifero, al cual por esta razon nosotros llamamos *mofeta*, no debe ser tenido por *zorra* pequeña, ni por *tejon*. El *coati-mondi* de América no debe ser confundido, como lo hizo Aldrovando, con el *tejon porcuno*, del cual nunca se ha hablado sino como de un animal de Europa. Pero no pretendo indicar aqui todos los errores de la nomenclatura de los cuadrúpedos; y solo quiero probar que no serian tantos si se hubiese puesto alguna atencion en la diferencia de los climas, y se hubiese estudiado bastante la historia de los animales para reconocer, como lo hemos hecho antes que otros, que los de las partes meridionales de cada continente no se hallan á un mismo tiempo en ambos.

La verdadera ocupacion de un nomenclador no consiste, en esta parte, en hacer investigaciones para alargar su lista, sino comparaciones racionadas para acortarlas. No hay cosa mas fácil que ir tomando de todos los autores que han escrito sobre los animales los nombres y las frases, para formar de ellos una tabla, la cual será tanto mas larga, quanto menos se examine: y nada hay mas difícil que compararlos con el discernimiento necesario para reducir esta tabla á su justa estension. No hay, vuelvo á repetir, en toda la tierra habitable y conocida doscientas especies de animales cuadrúpedos, aun comprendiendo cuarenta de monos: no se trata, pues, sino de dar á cada uno su nombre; y para poseer perfectamente esta nomenclatura no será necesario mas que un uso mediano de

la memoria, respecto á que solo se habrán de retener estos doscientos nombres. ¿De qué sirve, pues, haber hecho para los cuadrúpedos clases, géneros, y en una palabra, métodos que no son mas que unos como andamios que se han imaginado para ayudar la memoria en el conocimiento de las plantas, cuyo número es en efecto demasiado grande, las diferencias demasiado menudas, las especies demasiado inconstantes, y el pormenor demasiado prolijo é indiferente para no considerarlas en grupos, y hacer de ellas montones ó géneros, reuniendo las que parece se semejan mas? Por esto, como en todas las producciones del ingenio lo absolutamente inútil es siempre mal imaginado, y muchas veces dañoso, ha sucedido que en lugar de una lista de doscientos nombres, á que se reduce la nomenclatura de los cuadrúpedos, se han hecho diccionarios de tan gran número de voces y frases, que es menester mas trabajo para desembrollarlas, que el que se empleó en componerlos. ¿A qué fin formar una algarabía y frases, cuando se puede hablar claro, no pronunciando mas que un simple nombre? ¿A qué fin mudar todas las significaciones de los términos con el pretexto de hacer clases y géneros? ¿Por qué cuando se hace un género de una docena de animales, por egemplo, bajo el nombre de *género del conejo*, el mismo conejo no se halla en él, y es necesario ir á buscarle en el género de la liebre? ¿No es absurdo, ó por mejor decir, no es ridiculez formar clases en que se juntan los géneros mas apartados; por egemplo, poner en el primero al hombre juntamente con el murciélago, en el segundo al elefante y al lagarto escamoso, en el tercero al leon y al huron, en el cuarto al puerco y al topo, en el quinto al rinoceronte y á la rata etc? Estas ideas mal concebidas no pueden sostenerse; y por esto las obras que las contienen son sucesivamente destruidas por sus pro-

pios autores: una edicion contradice á la otra, y el todo únicamente tiene mérito para estudiantes ó niños, á quienes siempre alucina lo misterioso, que tienen por científico todo lo que se les presenta con visos de metódico, y en quienes, en fin, el respeto á su maestro es tanto mayor, cuanto mas grande sea el arte de que este se sirva para presentarles las cosas mas fáciles y obvias, bajo el aspecto mas oscuro y difícil.

Comparando la cuarta edicion de la obra de Lineo con la décima que acabamos de citar, el hombre no está en la primera clase ó en el primer orden con el murciélago, sino con el lagarto escamoso: el elefante, el puerco, el rinoceronte, en vez de hallarse el primero con el lagarto escamoso, el segundo con el topo, y el tercero con la rata, se hallan todos tres juntos con el muzgáño: en vez de cinco órdenes ó clases principales *antropomorpha, ferae, glires, jumenta, pecora*, á las cuales habia reducido el autor todos los cuadrúpedos, en esta última edicion ha hecho siete; *primates, bruta, ferae, bestiae, glires, pecora, belluae*. Por estas mutaciones esenciales y muy generales se puede hacer juicio de todas las que se hallan en los géneros, y cuán hacinadas, trasportadas y mal reunidas están las especies, las cuales sin embargo, son las únicas cosas reales. Actualmente hay dos especies de hombres, el *hombre de dia*, y el *hombre de noche*, *homo diurnus sapiens*, *homo nocturnus troglodites*: estas son, dice el autor, dos especies muy distintas; y conviene mucho abstenerse de creer que solo es una variedad. ¿No es esto añadir fábulas á los absurdos? ¿Y puede presentarse el resultado de los cuentos de viejas, ó las visiones falsas de algunos viajeros sospechosos, como parte principal del sistema de la naturaleza? Además ¿no es mejor pasar en silencio las cosas que se ignoran, que establecer caracteres esenciales, y diferencias generales sobre errores groseros,

asegurando, por egemplo, que entre todos los animales con tetas solamente la muger tiene clitoris, constándonos por la diseccion que hemos visto hacer de mas de cien especies de animales, que el clitoris, no falta á ninguna hembra? Pero dejo esta crítica que podria dilatarse mucho mas, porque no es este mi objeto principal, y porque lo dicho basta para precaverse de los errores, así generales como particulares, que en ninguna parte se hallan en tan gran número como en las obras de nomenclatura, porque queriendo comprenderlo todo en ellas, es forzoso reunir todo lo que se ignora con lo poco que se sabe.

Si quereamos sacar consecuencias generales de todo lo que hemos dicho, hallaremos que el hombre es el único de los seres vivientes dotado de una naturaleza bastante fuerte, estendida y flexible, para poder subsistir, multiplicarse en todas partes, y acomodarse á las influencias de todos los climas de la tierra: veremos evidentemente que ninguno de los animales ha obtenido este gran privilegio; y que lejos de poder ellos multiplicarse generalmente, la mayor parte está confinada y reducida á ciertos climas, y aun á distritos particulares. El hombre es en todo obra del cielo: los animales, por muchos respectos, y para decirlo así, no son mas que producciones de la tierra: los de un continente no se hallan en el otro: los que en él se hallan están alterados, aminorados, tan mudados á veces que ya no se les conoce. ¿Qué massenece-sita para convencerse de que el carácter de su forma no es inalterable: que su naturaleza mucho menos constante que la del hombre, puede variar y aun mudarse absolutamente con el tiempo: que por la misma razon, las especies menos perfectas, las mas delicadas, las mas pesadas, las menos activas, las menos armadas etc. han desaparecido ya, ó desaparecerán? Su estado, su vida, su ser depende de la forma que el

hombre dá ó conserva á la superficie de la tierra.

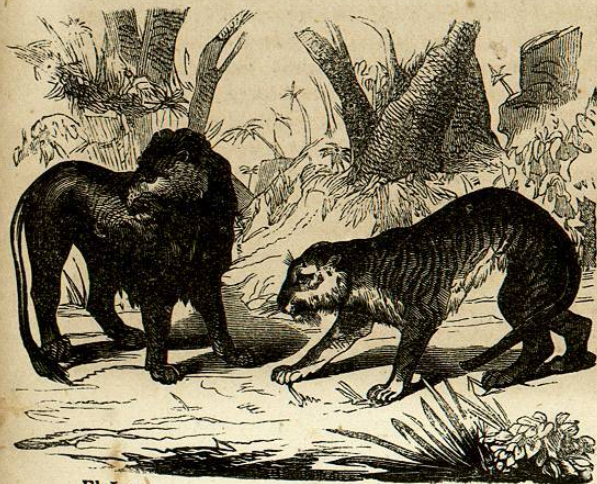
El prodigioso *mahmout*, animal cuadrúpedo, cuyos huesos enormes hemos considerado muchas veces con espanto, y que hemos juzgado seria á lo menos seis veces mayor que el mas corpulento elefante, ya no existe en ninguna parte; y sin embargo, se han hallado sus despojos en varios lugares, apartados unos de otros, como en Irlanda, en Siberia, en Luisiana etc. Esta especie era ciertamente la primera, la mayor, la mas fuerte de todos los cuadrúpedos; y pues ha desaparecido ¡cuántas otras mas pequeñas, mas débiles y menos notables deben de haber perecido igualmente, sin habernos dejado testimonios, ni vestigios de su existencia pasada! ¡Cuántas otras especies, habiendo degenerado, esto es, habiéndose perfeccionado ó degradado por las grandes vicisitudes de la tierra y de las aguas, por el abandono ó el cultivo de la naturaleza, por la larga influencia de un clima convertido en contrario ó en favorable, no son ya las mismas que eran antiguamente! y sin embargo, los animales cuadrúpedos son, despues del hombre, los seres de naturaleza mas fija, y de figura mas constante: la de las aves y de los peces varia mas: la de los insectos aun mas; y si se descendiendo hasta las plantas, que no deben ser escluidas de la naturaleza viviente, causa admiracion la prontitud con que las especies varían, y la facilidad con que degeneran tomando nuevas formas.

No seria, pues, imposible, que aun sin invertir el orden de la naturaleza, todos estos animales del Nuevo Mundo fuesen en la sustancia los mismos que los del antiguo, de los cuales antiguamente hubiesen tenido su origen; y acaso se podria decir que, habiendo sido separados en lo sucesivo por mares inmensos ó por tierras intransitables, con el tiempo habia recibido todas las impresiones, y padecido todos los



La Pantera.

El Leopardo.



El Leon.

El Tigre.

efectos de un clima, el cual tambien se hubiese renovado, y mudado de cualidad por las mismas causas que hubiesen producido la separacion; y que por consiguiente, ellos con el tiempo se habrian minorado y degenerado etc. Pero esto no debe impedirnos que actualmente los consideremos como animales de especies diferentes: de cualquier causa que proceda esta diferencia, ya haya sido producida por el tiempo, el clima y la tierra, ó ya tenga igual fecha que la creacion, de todos modos es igualmente real. La naturaleza, lo confieso, está en un movimiento de flujo continuo; pero al hombre le basta observarla en el instante de su siglo, y echar algunas ojeadas á lo pasado y lo futuro para procurar entrever lo que pudo ser en otro tiempo, y lo que podrá ser en lo sucesivo.

Por lo que hace á la utilidad particular que podemos sacar de estas investigaciones sobre la comparacion de los animales, es fácil conocer que prescindiendo de las correcciones de la nomenclatura, de que hemos dado algunos ejemplos, nuestros conocimientos sobre los animales serán así mas estensos, menos imperfectos y mas seguros: que no nos arriesgaremos tanto en atribuir á un animal de América lo que pertenece únicamente al de las Indias Orientales, que tenga el mismo nombre: que hablando de los animales extranjeros por las noticias de los viajeros, sabremos mejor distinguir los nombres y los hechos, y reducirlos á las verdaderas especies; y que en fin, la historia de los animales que nos hemos encargado de escribir, será menos defectuosa, y quizá mas luminosa y completa.